

BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

59

LA NOVELA METRO - GOLDWYN



ALTARES
DEL DESEO

por
Neo Wray
Georgy Teale
50 cts.



CHRISTY CABANNE

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA METRO - GOLDWYN

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 4425 A

BARCELONA

ALTARES DEL DESEO

(ALTARS OF DESIRE, 1924)

Emocionante producción, interpretada
por la genial artista Mae Murray y el
simpático actor Conway Tearle

Producción:

METRO-GOLDWYN-MAYER

Exclusiva de

METRO - GOLDWYN - CORPORATION

• • •

Mallorca, 220 - Barcelona

Altare del deseo

Argumento de la película

La vida es irónica. Vivimos deseando lo que no tenemos, y cuando conseguimos lo que siempre hemos deseado, entonces deseamos conseguir lo que nunca hemos tenido.

En el Estado de Virginia se levantaba la magnífica casa solariega de los Sùllivan donde al parecer no faltaba nada.

Juan Sùllivan, rico financiero, tenía una hija dulce y graciosa, pero él quería hacer de ella una muñeca mundana, con todos los complicados encantos de las jóvenes modernas.

Accediendo, pues, a los ruegos de su padre, Clara Sùllivan se iba a viajar por el extranjero, pero hubiera preferido quedarse en casa.

Padre, ¿crees realmente necesario mi viaje? — le dijo el día de la marcha, cuando ponía ya un pie en el automóvil.

—Tú misma estarás convencida de ello, cuando ya sea tiempo de regresar a casa.

Nuestra casa es tan bella y aquí se vive tan bien. ¿Por qué me separas de ella?

—Porque te conviene. Un año estarás fuera de aquí y durante ese tiempo verás países hermosos que en nada han de envidiar a nuestra Virginia. Y luego no vas sola; te acompañará nuestra buena amiga la señora Libia Prior.

La aludida, que se hallaba ya sentada en el automóvil, sonrió ante aquellas palabras.

Libia deseaba ardientemente ir a Europa y de un modo especial a París.

Tenía más de cuarenta años que disimulaba bien con los secretos de la pintura, y había tenido un marido escocés, uno es-

pañol y otro suizo, pero ahora quería uno del mismísimo París.

Clara abrazó a su padre y se disponía ya a partir cuando se detuvo ante ellos un lujoso automóvil del que descendió David Elrod, un vecino joven y rico que amaba a Clara con una pasión concentrada y silenciosa.

—¡Ya te vas! — le preguntó él, tristemente.

—Todo llega, David — dijo la muchacha envolviéndolo en una mirada de melancolía — y te prometo que no me gusta nada dejarte.

—Esto va a quedar horriblemente solo sin ti, Clara.

—No me olvidaré de mis buenos amigos...

Lábia consultó el relojito de la muñeca. Iban a perder el tren. David se despidió otra vez de Clara y dijo a la dama de compañía:

—Guarde usted bien a Clarita, amiga Li-

bia... Es un tesoro que ponen en sus manos.

—Sé muy bien mi obligación, ¡verdad!

—Así lo espero — dijo el señor Sullivan que acercóse a su hija y le dio un último beso estrechando luego fuertemente la mano de la viuda.

El magnífico Rolls partió a toda velocidad y los dos hombres quedaron unos momentos silenciosos con la vista fija en el rastro de polvo que el coche había levantado a su paso.

Clara y Libia embarcaron para París... Y unas semanas después entraban en la bella capital, pulpo de seda que atrae a todos los humanos.

París es un templo de oro de la cultura en el que se ha erigido un grandioso altar al Deseo. Como la mayoría de los visitantes, Clara se detuvo ante el altar.

En pocos días se transformó en una gran dama que había adquirido el "cachet" y la gracia parisienses. Un lujo casi aterrador rodeaba su persona. De la dulce muchacha

de los Estados Unidos, modesta e ingenua en sus costumbres del campo, apenas quedaba ni el recuerdo. Las joyas y los trajes más costosos resbalaban sobre ella como una lluvia de oro.



...se transformó en una gran dama...

París hizo que Clara necesitara cosas que no quería y deseara cosas que no necesitaba. Y entre todas las cosas, la que menos necesitaba era la amistad del conde

Andrés Jacques Henri Pierre le Court de Orville, que convirtiéndose de la noche a la mañana en su profesor de baile, en su guía y preceptor para ver cuanto de maravilloso encierra el alma de París.

Esta amistad se prolongó largamente y cuando un año después Clara, habiendo ya realizado su aprendizaje de la moda, volvió a los Estados Unidos, llevó como acompañante, además de Libia Prior, al magnífico y diplomático conde Andrés.

Su padre la vio llegar con todas las costumbres y amaneramientos parisienses que quiso que ella adquiriera. Mostróse al principio radiante de ese cambio experimentado en la persona de su hija que la convertía en una mujer a la última moda.

Una noche el señor Sullivan dió un baile en los salones de su casa para celebrar el retorno de Clara.

En conde Andrés era huésped de Sullivan, que quiso que viviese en su casa aquel aristócrata francés que iba a pasar una temporada en Virginia. Y ahora ponía el ex-

tranjero en los salones, la nota de su pura aristocracia envidiada por todos los buenos burgueses.

Los numerosos invitados a la fiesta se deshacían en elogios del conde. ¡Qué bien danzaba aquel hombre! ¡Oh, París! Y todos deseaban ir allá para llevarse a un conde parecido a aquél.

Andrés bailaba con Clara un baile tan estilizado, tan fino, que era recien de todos los ojos el contemplarlo. Entre los que no dejaban de mirar al conde figuraba Libia Prior que se había enamorado de él, deseando convertirse en la condesa de Orville.

Andrés conocía esa debilidad de Libia. El francés era pobre y apenas conservaba de sus tiempos de esplendor unos cuantos trajes decentes. Y todo su interés consistía en ir a la zaga de una mujer rica... y joven si era posible.

Libia era millonaria y no le parecía degradable su fortuna al aprovechado galán.

Lo que va no le parecía tan bien eran los cuarenta años de ella...

En cambio, Clara era inmensamente rica con el aditamento de su belleza y de su juventud que corrían parejas con su fortuna. ¡Si pudiera alcanzar a esa jovencita americana! ¡Habría sido uno de los gestos más felices de su vida!

Pero Andrés, con doble y hábil juego, mostrábase rendido adorador de Clara y de Libia, dispuesto a inclinarse por el lado donde fuese recibido mejor.

El conde sorprendió de pronto como las pupilas de Libia le miraban con un reproche que no intentaban disimular. Sintió miedo y sus ojos pestañearon también de un modo alarmante.

Clara sorprendió esa emoción y le preguntó con interés:

—¿Qué le sucede, conde? ¿Por qué le bailan tanto los ojos?

Contestó Andrés con exquisita galantería:

—Señorita, cuando Andrés baila, está

obligado a hacerlo a conciencia y si siquiera puede excusar de este menester a sus ojos.

—¡Oh, qué galante!

—Otra cosa no rezaría con usted...

Sonó el último acorde del baile, y Andrés, besando la mano a Clara fué al encuentro de Libia cuya alarma había sorprendido.

De ninguna manera le convenia ponerse a mal con esa divorciada... por el amor... y por otras cosas.

Tengo unas palabritas que decirle — le manifestó Libia con sequedad.

—Soy todo oídos. Puede usted hablar.

Se apartaron discretamente hacia un lado del salón, y Libia le dijo, procurando acallar la indignación de su pecho:

—Al parecer no le ha importado dejarme abandonada para bailar con ella. ¡Qué ingrato es usted!

—Pero... botón de rosa — repuso el conde, sin perder su serenidad—, no importa

dónde bailen mis pies, bien sabe usted dónde está mi corazón.

—Ya lo sé, meloso... ¡en mi bolsillo!

Andrés sonrió sin sentirse ofendido por aquella violenta alusión.

Porque esto era verdad. Libia pagaba muchos gastos de Andrés, ya que éste carecía de toda fortuna.

—Si usted se enfada, no permitiré que me haga más regalos — dijo de pronto Andrés.

—¡Oh, eso, no!... Usted sabe cuánto le aprecio... pero por Dios, no me torture causándome celos...

—¡De ningún modo, Libia! ¡Le estoy tan agradecido!

—¡Oh, Andrés! Amo sobre todo su delicadeza y sus gentiles maneras...

—¡Y yo su distinción!

Y mientras ambos se fogueaban con esos piropos cortesanos, Clara seguía soñando en su conde de París... Cuando le vió llegar del brazo de Libia, sonrió dulcemente.

¡Ah, era verdad, le tenía trastornada el alma aquel latino de exquisita expresión!

Bailó de nuevo con él, sintió en sus venas un frescor dulce ante las palabritas melosas con que el aristócrata la seducía, y casi se dió cuenta de que comenzaba a sentir por Andrés un verdadero amor.

Libia sufría martirios de celos, de inquietudes... Se comprendía en inferioridad ante aquella rival. La inferioridad del tiempo. Era mucho más vieja que Clara, y el amor se inclina siempre hacia la juventud.

Acabó el baile. Andrés fué a calmar a Libia sus temores amorosos, mientras el señor Sullivan iba al jardín con su hija Clara.

—He visto que bromeas demasiado con el conde — le dijo —. Espero que tendrás suficiente juicio para no tomar a este conde francés en serio. Me gustan las cosas de París, pero, francamente, Andrés con el poco tiempo que lo trato me parece poco formal...

—Pues si vieras, papá, cómo me fascina

la manera como arrastra las 'erres y como vuelve los ojos.

—Pues... cuidadito... ¿eh?

Un jinete se detuvo ante ellos. Clara le reconoció al verle descender de caballo. Era su antiguo amigo David Elrod.

La sorpresa del joven fué extraordinaria.

—¡Tú, Clara! — dijo —. ¡Qué felicidad tenerte otra vez entre nosotros!

—Yo también celebro mucho encontrarte, David...

Volvió a sonar la música en los salones. Desapareció el señor Sullivan, y los dos jóvenes quedaron a solas. David, sintiendo de nuevo por aquella muchachita las emociones de un largo amor; ella, contemplándole con una indiferencia que se complacía en remarcar.

—Ignoraba que tuvieses una verdadera fiesta — le dijo David —, de lo contrario me hubiera vestido de etiqueta.

—¡Oh, qué importa!... Pero, dime, David... ¿me encuentras muy cambiada?

El muchacho la contempló con emoción

a la pálida luz de la luna. Adivinó que se pintaba más que antes, que sus ojos tenían un brillo artificial, que sus labios habían experimentado la caricia de un fuerte carmín...



—...celebro mucho encontrarte, David...

—Eso no podría contestártelo inmediatamente — respondió —. ¡Quién sabe!

—Bueno — contestó ella, riendo —, hace mucho frío para estar aquí parados, esperando tu respuesta.

—Pues, óyeme, Clara, yo he esperado un año entero para decirte algo muy importante.

—Me encantará oírlo pero tengo esta pieza comprometida con el conde Andrés — agregó con indiferencia.

Y rechazando la mano de él que pretendió detenerla, entró en el salón yendo al encuentro de Andrés y bailando con él con una intimidad que sorprendió a David.

Este joven había entrado detrás de Clara y quedó en el hall contemplando a la muchacha. Su mirada se ensombreció ante la íntima y cariñosa amistad que parecía unir a Clara y al conde Andrés. ¡Ah! ¿qué habría ocurrido durante aquel año de ausencia? Exteriormente Clara había cambiado... y tal vez su alma experimentara también nuevas transformaciones. Y una gran melancolía fué invadiéndole ante la poca atención que Clara le prestó el resto de la noche, reservando todo el tiempo para el francés.

Libia sintió de nuevo grandes celos...

¡Ah, el ingrato! ¿Es que Andrés se dirigiría por fin a Clara?



Al día siguiente habiendo bailado sobre el corazón de Andrés, el temperamento de Libia Prior y el orgullo de David, Clara despertó con la idea de que su fiesta fué un éxito.

Su primer pensamiento al abrir los ojos fué para Andrés. La pareció que ese muchacho constituía ahora su ilusión. Naturalmente si se hubiera analizado bien el alma de Clara se habría encontrado en ella el sentimiento de una relativa curiosidad, pero no la fuerza decisiva del amor que todo lo vence.

Andrés se levantó con la sonrisa en los labios. Estaba contento por el éxito obtenido... Atraparía en un instante el dinero y la belleza de Clara... No le parecía mal.

Llamó a la habitación de Clara donde ésta, envuelta en un salto de cama, se disponía a tomar el baño.

—¿Quién llama? — preguntó ella.

—Es un dios griego que viene a desayunarse con usted, adorable muñequita—contestó Andrés, con suavidad.

Ella reconoció su voz y se echó a reír a través de la puerta cerrada.

—¡Si, un dios griego hecho de barro del arroyo! — contestó.

—¿Quiere abrirme?

—¿De ningún modo!...

—¿Cuándo nos veremos?

—Espérame en las caballerizas... Iremos a dar un paseo a caballo.

—No tarde en salir, encantado...

Escuchóse una alegre risa ahogada y Andrés se alejó del pasillo con el aire del hombre que acaba de obtener un triunfo.

Mas al pasar ante la habitación que en la misma casa ocupaba Libia Prior, escuchó que pronunciaban su nombre. Indudablemente la bella Libia deseaba verle.

Llamó a la puerta y obtenido el permiso, el joven conde penetró en la habitación.

Libia, sentada indolentemente en un diván, le recibió con cariñosa dulzura.

Amado mío — le dijo —, acuérdesse que me prometió venir a descarme un buen día.

—Y aquí estoy para cumplir mi promesa... Mi adorable pera en dulce, ¿la he dejado alguna vez sola a la hora de comer?

—Eso no... Ya sé que tiene usted apetito...

Estuvieron hablando unos minutos... Clara salió de su cuarto y al pasar ante la habitación de Libia le pareció escuchar voces de hombre, y llamó a la puerta.

Una sospecha le heló la sangre... ¿Estaría Andrés en el cuarto de Libia? Recordó en aquel momento las atenciones que Libia guardaba hacia el conde...

—¿Quién es? — preguntó Libia con voz amable.

—Soy yo, Clara...

El conde, horrorizado, escondióse detrás de la puerta y ésta se abrió dejando paso a

Clara que avanzó con fría actitud. Al abrir con cierta violencia la puerta, ésta alcanzó un pie de Andrés que vio todas las estrellas del cielo.

Sin descubrir la presencia del francés, Clara dijo friamente a su amiga:

—Buenos días, querida. Imaginé que estabas sola y vine a acompañarte.

—Me alegra tu visita — respondió Libia, nerviosa.

Clara contempló el vaporoso vestido que llevaba la divorciada; y dijo con cierta reticencia:

—¡Qué lindo "négligé"! Lástima que no haya un hombre simpático que te viera.

—No he tenido esta suerte — contestó Libia riendo.

Andrés, en su escondite, temblaba... Si le encontraban allí, habría un escándalo fenomenal y todos sus planes de conquista se hundirían.

—¿No sabes? Andrés quiso entrar en mi cuarto esta mañana a desayunarse conmigo — dijo Clara—. No le dejé entrar.

—También quiso entrar aquí — dijo Libia, rabiosa —, pero hice lo que tú: no admitirlo.

—¿Es posible?

Violentos celos anidaron en el alma de Clara, quien desechada se alejó, y dijo:

—Mejor es que cierres bien tu puerta, Libia... No creo que Andrés se haya desayunado aún y tal vez pueda volver...

Alejóse de allí... ¿Conque Andrés había entrado también en la estancia de Libia? ¿Es que aquel conde se burlaba de las dos mujeres?

Apenas se hubo alejado, Andrés salió precipitadamente dirigiéndose a su cuarto, pero al cruzar el corredor, Clara le vió y mostró su indignación. Corrió el francés a su encuentro.

—¿Oh, Clara... perdoneme!...

—Calle... calle... no intente defenderse... Acabo de verle salir del cuarto de Libia... ¡Muy bien!

Y huyó rápidamente dejando al conde con

los puños crispados de rabia. ¡Buena la había hecho!

Volvió a entrar en la habitación de Libia. Esta se hallaba no menos furiosa.

—¿Por qué ha hablado usted? Cada vez que hablo a solas con usted... me pasa algo — dijo Andrés.

—Si, estoy enfadada con usted, Andrés... De modo... ¿que antes de venir a verme a mí, entra en la habitación de Clara? ¿Parece mentira?

Andrés, temeroso de perder el mismo día el amor de las dos mujeres, se acercó a consolarla, sentándose a su lado.

En aquel momento abrióse la puerta y apareció el señor Söllivan. Al ver a Libia casi abrazada al francés, su ceño adquirió un gesto duro.

—¡Oh, perdonen! — dijo —. ¡Me he equivocado!

Y volvió a cerrar... ¡Ah, diablo! Por error había abierto aquella puerta, pero tras ella acababa de descubrir quién era el conde... ¿Conque Andrés en el cuarto de

¿Ibía? ¡Magnífico! Era preciso, pues, alejar de allí, cuanto antes a aquel extranjero tenorresco, cuya conducta dejaba que desear.

Aquel mismo día le daría sus pasaportes.



Clara había ido a las cullerizas y montando sobre su yegua favorita se había dirigido hacia la finca que poseía David a pocas millas de distancia.

Después del desengaño sufrido, sentía la necesidad de hablar con aquel muchacho cuyo silencioso y dulce amor había adivinado de mucho tiempo antes.

Encontró a David cuando éste se disponía a dar su acostumbrado paseo matinal.

—Buenos días, David — le dijo con vivísima alegría—. Se me ocurrió que saldrías a pasear a caballo y por esto bajé temprano.

El joven sonrió con una sonrisa melancólica.

—Sí, iba a pasear... — contestó.

Se acordaba aún de lo ocurrido la noche anterior y no podía reprimir una natural reserva... ¡Aquella muchacha no era la misma!

Los dos emprendieron rápida marcha por el bosque. Ella procuraba desarrugar el ceño de su amigo, pero David se mantenía impasible con una frialdad que desesperaba a la joven.

A Clara en aquel momento no le importaba ya apenas nada Andrés, y en cambio David le interesaba enormemente. Carácter caprichoso y voluble, cada hora traía para ella un sentimiento nuevo.

El muchacho contestaba con monosílabos a la conversación animada de Clara que en vano pretendía animar a su taciturno compañero.

Después comenzó a guardar un silencio hostil. Ella le dijo con cierta ira mal enquistada:

—¡Qué interesante estás, David! ¡Nuestro primer paseo después de mucho tiempo y no se te ocurre decirme una palabra!

David nada respondió, iniciando una ligera sonrisa. Amaba a Clara, pero la había visto la otra noche coqueteando íntimamente con el francés...

Clara, como muchas mujeres, no toleraba que alguien se opusiese a su voluntad... En aquel instante, cuando ella había ido al encuentro de David para olvidar lo que consideraba traición del otro, se encontraba con una frialdad manifiesta e invencible.

Dispuesta a que cesara aquello, ideó rápidamente un plan. Espoleó a su caballo que emprendió carrera velocísima dejando muy atrás a David que sin gran interés prosiguió su lenta marcha.

Al volver un recodo del bosque, la muchacha bajó del caballo y se tendió en medio del camino. Quería dar un susto a David, hacer algo para que el joven se interesase por ella.

Un viejo campesino al ver a la señorita en tierra se acercó dando muestras de espanto.

—¡Pero, señorita, señorita! ¡Socorro!

Ella le atajó rápidamente:

—¡Váyase, por favor! ¡No es nada, sino que estoy esperando a un amigo!

El labrador escondióse detrás de unos árboles, murmurando cosas incoherentes. ¡Qué cosas tan extrañas se veían en el mundo!

No tardó en aparecer David, sin apresuramientos, mas al ver a Clara tendida en el suelo, descendió rápidamente del caballo y la recogió en sus brazos.

—¡Chiquilla, Clara! — le dijo, visiblemente turbado.

Ella aparentaba a las mil maravillas un supuesto desmayo sintiendo la alegría de verse cogida por David. Este contempló dulcemente a aquella fuerte criatura que exhalaba un dulce y juvenil perfume. Y sin poder contener su amor, le dio un largo beso en los labios.

—¡Oh, vida, Clara! — dijo con un hondo suspiro.

La muchacha pareció despertar y sonriendo miró a David y exclamó:

—Pero, David, ¿dónde estoy?

—Yo solo tuve la culpa, querida. Te has podido matar...

—¡Oh, no fué nada! Se me desbocó el caballo. Pero nada, estoy perfectamente bien.

La fiel yegua volvió a su lado y Clara se acomodó en su montura. Ambos jóvenes regresaron lentamente, sin aludir para nada a aquel beso que Clara aparentaba no conocer.

Mientras tanto, en casa del señor Sullivan, éste había llamado a su despacho al famoso conde francés.

Le entregó un cheque de diez mil dólares para pagarle sus servicios como preceptor de su hija, pero ordenándole que marchase aquel mismo día de allí.

El conde se defendió cuanto pudo, no queriendo abandonar aquella casa. E hizo

grandes muestras de fidelidad hacia Clara, asegurando que únicamente lazos de cortesía le unían con Libia.

—Pero, mi caro amigo — decía —, nunca conocí mujer más adorable que su hija de usted.

—Y yo jamás he conocido hombre más "caro" que usted — le respondió friamente el señor Sullivan.

—Está usted en un error. No merezco ese trato...

—El tren sale esta tarde y, fíjese bien, no le conviene perderlo.

Y puso en sus palabras tal signo de amenaza que Andrés convino en obedecer la orden de partida.

Se dirigió a la biblioteca y ordenó a un criado:

—Haga inmediatamente mis maletas.

En aquel momento habían llegado a la casa, procedentes de su paseo, Clara y su amigo David. La joven adelantó unos pasos mientras David quedaba en un saloncito contiguo.

Al ver que un criado salía con unos bultos, Clara, sorprendida, entró en la biblioteca y vió a Andrés que se pascaba con aire furioso.

—Pero, ¿qué es eso, Andrés? ¿Se marcha usted? — preguntó.

—Sí, Clara. Su señor padre me ha puesto en la calle.

—¿Cómo es posible?

Y aquel carácter voluble de mujer que aspiraba siempre por lo que no tenía o le quitaban de las manos, volvió a olvidarse rápidamente de David para pensar en este francés al que, a pesar de lo ocurrido, guardaba una vivísima simpatía.

—Pero, ¿por qué se marcha? — volvió a preguntar.

—Por diez mil razones, amiga mía.

—¡Ah, ya comprendo! Mi padre se ha enterado de lo sucedido, ¿no? ¡Qué pena! ¿Pero, no cree usted que su conducta a la hora del desayuno es imperdonable? ¡Penetrar en mi cuarto y luego en el de Libia!

—¡No! ¡No lo pícuso así! En cuanto a usted, yo la quiero, la quiero.

Y furioso de deseo la estrechó en sus brazos y la besó largamente, mientras ella, furiosa porque la dominaban, lanzó un grito y pretendió separarse rudamente de Andrés.

David, que paseaba por la estancia contigua, escuchó rumor de lucha, unos sollozos de mujer y abrió la puerta de la biblioteca, viendo a Andrés que besaba a Clara a pesar de las enérgicas protestas de la joven.

De un manotazo violento separó a Andrés y le amenazó brutalmente.

—¡Canalla, malvado, ruin! — gritó.

Y puso en sus palabras todo el aliento venenoso de unos celos que adquirían un carácter brutal. El conde, sin perder su aristocrática sencillez, sonrió.

Clara se consideró en ridículo y enfurecida por la intervención de David contra aquel francés que tenía perfumes y visiones de París, le gritó:

—¿Cómo te atreves a interrumpirnos?
¡Estoy atendiendo al conde Andrés!

—¿Qué quieres decir? — gritó David—
¿Es que tú le permitiste que te besara?

Andrés contestó con cinismo.

—¡Seguro que sí, dos veces!

—¡Oh! ¡Pero... si apenas hace un momento yo te besé y tú...! — dijo David.

Clara se sintió en ridículo. ¡Aquel David, que parecía un campesino comparado con la elegancia del conde francés, se atrevía a suponer...

—¿Cómo osas recordar eso? — le dijo.

—¡Ah, qué asco me dáis todas las mujeres... todas! — rugió David.

Y salió de allí, herido en el corazón por la más viva pena. ¡Cómo le habían cambiado a su Clara! ¡No era la misma! ¡Aquel París había hecho de ella una mujer nueva!

Andrés simuló una gran indignación cuando se marchó David.

—De modo que ha besado usted a todo el mundo... excepto el caballo, ¿eh? Pues adiós.

Y alejose de allí en dirección a su habitación mientras Clara quedaba anegada en un mar de lágrimas.

Andrés pasó varias horas en su cuarto arreglando el equipaje y cuando iba ya a marchar, entró Libia Prior que acababa de enterarse por una criada de la despedida del conde.

—Pero, Andrés, ¿cómo es que se marcha usted? — preguntó, emocionada y sentándose sobre el sombrero de copa del conde que quedó totalmente abollado.

—Voy donde pueda encontrar amor — rugió Andrés después de obligar a la dama a no hacer servir de silla su chistera—. Aquí no se piensa más que en el dinero.

Libia con ojos implorantes y amorosos suplicó:

—Andrés, Andrés, ¿he tenido yo la culpa de algo? ¿Algo que pueda reparar?

—¡No, no, de nada!

—¡Pues amado mío, escapémonos! ¡Yo puedo darte aún la felicidad!

Y le tendió los brazos... Andrés vaciló unos instantes.

—¿Escaparnos? — le dijo —. Pero piense en su edad.

—¿Qué importa? — contestó ella con creciente entusiasmo —. El amor no sabe del tiempo. Viviremos amándonos siempre, siempre...

Estaba ridícula en su imploración amorosa. Pero el conde Andrés que era un perfecto aventurero, creyó ver allí una oportuna ocasión de negocio y le respondió con falso cariño:

—Bien... guarda, pues, en su maletín todas sus joyas y billetes... ¡y en marcha!

—En el acto, amor mío.

Desapareció la ingenua señora y antes le dijo:

—Te espero en un coche junto al camino del bosque.

Sonrió el conde, satisfecho de que su marcha no fuese estéril. Salió al corredor, provisto ya de su equipaje, y vió pasar a Clara que se dirigió llorosa hacia él.

En el alma extraña de aquella mujer luchaban encontrados sentimientos. Por una parte quería a David, mas algo extraño y misterioso le atraía hacia aquel hombre que había vivido a su lado las horas bellas del extranjero.

Clara, al verle ahora con dos maletines, pensó que le perdía irremisiblemente y que aquel aristócrata de rancio abolengo desaparecía de su lado, llevándose el ensueño del tiempo vivido.

Con gran emoción, olvidando todas sus penas anteriores, murmuró:

—¿Por qué se va usted a esta hora?

—Me marcho porque su padre me dió a entender que no gustaba de mí.

—Pero, ¿nos deja así, está misma tarde?

El sonrió complacido del ascendiente que tenía sobre aquella débil mujer. ¿Cómo la otra, igual que la otra! Rendida ante sus encantos...

—Mí hinda orquídea — respondió con una voz dulcemente turbadora —, si yo fuera rico, podría llevar a usted conmigo a le-

janos países y emplear todo el tiempo en adorarla. Porque yo la amo, Clara, la he amado desde que nos conocimos en Francia.

La mirada de Clara se hizo más brillante y persuasiva. ¡Oh! Sí, ¿por qué dudar? ¡Ella quería a aquel hombre!

—Andrés — murmuró, enloquecida —, escapémonos...

Una sonrisa de triunfo se dibujó en los labios del joven.

—Pero si su pobre Andrés está arruinado.

—No tengas cuidado por "eso" — contestó ella.

—Sí es así...

Y sonrió irónicamente, celebrando que también esta muchacha se llevara dinero para pagar todas las necesidades. Era preciso no desperdiciar la ocasión. Y la elección entre las dos mujeres no era dudosa. La una era vieja, la otra joven, de una belleza rubia, capaz de enloquecer.

—Aguárdame en seguida ante la puerta posterior. Saldremos pronto en automóvil — le dijo ella.

—No me haré esperar.

Clara arregló su equipaje, guardó sus joyas y su dinero y sacando del garage su mejor automóvil, esperó a que llegase Andrés. No tardó éste en aparecer y después de dar un beso a la bella novia, subió con ella al coche que partió a gran velocidad.

Mientras tanto en el camino del bosque, Libia Prior esperaba en otro "auto" la llegada del hombre amado... Comenzaba a impacientarse por la tardanza. ¡Si hubiese sabido ella la verdad!

*
**

Unas horas después, al anochecer, el conde y Clara llegaron ante una fonda provinciana donde pasarían la noche.

El dueño del hotel se deshizo en cumplidos ante aquellos huéspedes ilustres.

Sonriente dijo al conde Andrés:

—Puedo cederles una habitación reservada exclusivamente para recién casados.



...llegaron ante una fonda provinciana...

Ella, separada unos pasos, no oyó aquella proposición que pareció al conde maravillosa.

—¡Encantado! — respondió éste.

Firmó en el registro de viajeros, y acompañado de Clara y precedido de unos criados,

ellos, marchó a la habitación que les acababan de ofrecer.

Los dueños de la fonda comentaron la firma puesta por Andrés, que decía:

"Conde y condesa de Orville."

—Figúrate — dijo el fondista —, un conde y una condesa. Nunca nuestra casa se había visto honrada así.

Clara y Andrés llegaron a la estancia. Eran dos grandes habitaciones, la una un saloncito, la otra la alcoba con su gran lecho matrimonial.

Andrés, sonriendo, exclamó:

—Pasaremos una nochecita espléndida.

Ella no contestó, contemplando con cierta inquietud el amplio lecho.

Los criados se retiraron no sin antes inclinarse ceremoniosamente ante Clara y decirle:

—¡Buenas noches... Su Majestad!

Quedaron solos los dos jóvenes. Una sonrisa de radiante satisfacción se reflejó en el rostro de Andrés. Ella un poco recelosa, dijo:

—Supongo que dormirás en el cuarto de al lado. Haz el favor de llevar allí el equipaje.

—Pero, mi rosa de te — dijo él, riendo—. ¡Esto es absurdo!

—¿Qué quieres decir? Creo que no habrás olvidado registrarme en el hotel como si fuese tu hermana. No estamos aún casados y...

—Mi fragante violeta, ¿cómo podrás dudar de Andrés?

Y al propio tiempo se acercaba más y más, como si pretendiese darle un beso.

Ella le atajó en estas demostraciones, empujándole cariñosamente hacia la puerta de la contigua habitación.

—Andrés, espero que conseguirás la licencia y que nos casaremos mañana temprano. Entonces seremos libres para que-
rernos.

—Pues no faltaba más. Iré a buscarla en cuanto amanezca, linda mía...

Y Andrés salió de la alcoba...

Durante un cuarto de hora nada se di-

jeron los novios a través del ligero tabique. Ella quitóse su vestido poniéndose un vaporoso salto de cama. El conde cambió sus ropas por un pijama verde.

De pronto el conde llamó al cuarto de Clarita.

—¿Qué quieres? — dijo ella, malhumorada.

—¡Oh, no te enfades, preciosa! Hay algo en mi corazón que pugna por salir.

—Es inútil. No te puedo abrir la puerta, hasta mañana.

—Amigueta — dijo con suave languidez el mozo—, yo no podré dormir mientras no te lo diga.

—¡Mañana, mañana! — contestó Clara, firmemente.

—Tengo que decirte algo que no le he dicho a ninguna mujer. Abre la puerta aunque sea únicamente un instante.

Extrañada por aquella insistencia, Clara franqueó la entrada a su amigo. Apareció Andrés llevando en la mano una pequeña

pala que estaba antes colocada junto a la chimenea.

Sonrió y le entregó este hierro, diciéndole:

—No temas, Clara de mi vida. Aquí tienes tu salvaguardia... Si Andrés se acerca mucho... le pegas.

—Te prometo que lo haré — respondió la joven, tomando la pala y colocando una silla ante Andrés.

—En resumidas cuentas, ¿qué quieres? — continuó diciendo ella. — ¿No sabes que ahora es hora de dormir? Mañana nos casaremos... y mañana podremos hablar hasta cansarnos...

El francés inició un gesto lánguido y melancólico:

—Yo quiero decirte antes de que nos casemos, Clarita... mi delirio... Yo en el fondo no soy un mal hombre.

Una inquietud se apoderó de Clara...

—Acaba de una vez...

—Pues óyeme: ¡Soy casado!

—¿Tú? ¿Casado?... ¿Y yo entonces?

El horror se reflejó en su cara ¡Y ella acababa de escaparse con un hombre con quien no se podría casar!



—Si Andrés se acerca mucho... le pegas.

—¡Qué infamia! — repitió mientras toda ella temblaba.

—Mi esposa... ya ha pedido el divorcio — dijo Andrés sin perder su sonrisa inalterable.

—Y has esperado esta noche para darme esto, ¿eh? ¡Después de tantos meses como nos conocemos!

—Si te lo hubiera dicho antes, no te hubieses escapado conmigo — contestó él con un cinismo aterrador.

¡Miserable!

—El divorcio está para concederse en breve... y yo no quise que perdieras un solo instante de felicidad.

—¡Canalla! ¡Y has comprometido de esta manera mi vida, mi porvenir? No tienes aún concedido el divorcio y no podemos casarnos. ¡Embancador! ¡Me marcho en seguida... no quiero acordarme nunca más de ti!

Se dirigió a coger su maleta y púsose un abrigo sobre el salto de cama. Cubrióse la cabeza con el pequeño sombrero y se dispuso a partir.

No te vayas, por favor — suplicó él—. Mis intenciones eran perfectas, te lo prometo.

Y como ella pretendió huir, Andrés, más

listo, cerró la puerta y se guardó la llave.

—Ahora ya no puedes abandonarme, Clara... Y acabo de pensar que lo mejor es



...pretendió huir...

que pasemos la noche juntos... Tenemos muchas horas por delante.

—¡Oh, miserable! ¡Vete... abre la puerta...

—¡No!... ¡Ya eres mía! Estás preciosa

en tu disgusto... Me encantas y quiero probar el placer de tu primer beso...

Y adquiriendo una actitud felina y brutal alzó los brazos pretendiendo estrechar el cuerpo de virgen de Clara. Ella lanzó un grito de horror comenzando a dar vueltas por la estancia, buscando un medio para librarse de las malvadas intenciones de aquel sujeto.

— ¡Ya eres mía... ya! — dijo él de pronto, sujetándola.

Pero Clara asió la pala de hierro y rápidamente la descargó contra la cabeza de Andrés, quien se tambaleó unos momentos y vino luego a caer desplomado en tierra.

Ella le miró con horror y acercándose le llamó:

— ¡Andrés! ¿Por qué no te levantas? ¿Me das miedo!

El conde parecía no respirar. De su sien manaba sangre. Acobardada, la muchacha buscó un sitio por donde huir.

— ¡Le he matado! — murmuró al verle tendido inmóvil en el suelo.

Se dirigió hacia una ventana, la abrió y salió por ella, dirigiéndose casi a oscuras al jardín.



— Andrés, ¿por qué no te levantas?

Corrió hacia el automóvil que estaba oculto en el garage y manejando el volante marchó a gran velocidad, temerosa de que la persiguieran, horrorizada por lo que había hecho.

La sombra de la prisión o del sillón

eléctrico se perfilaba ante ella con una mueca de guignol.

En la fonda, se había escuchado el rumor de la lucha y el ruido que hizo al caer el conde.

Los fondistas y algunos huéspedes llamaron a la puerta para averiguar lo ocurrido. Les extrañaba que después de los gritos y disputas reinara tan extraordinario silencio.

Como nadie contestase y seguros de que no habían podido marchar, pues les hubiesen visto, empujaron la puerta y al entrar en la habitación un espectáculo trágico se presentó ante sus ojos.

El conde estaba tendido en tierra lleno de sangre. Acercóse el fondista y le cogió una mano que se desplomó de nuevo fría e inerte.

— ¡Está muerto! — pronunció, temblando...

— Horror! ¿Le habrá matado la condesa!

— ¡Llamad inmediatamente al jefe de Policía!

Telefonaron en el acto al puesto más inmediato... ¡Un crimen en aquella casa!... La ausencia de la condesa, la ventana abierta, les hizo sospechar a todos que la dama era la culpable del asesinato, pero, ¿por qué le habría matado?



Desorientada, sin saber dónde acudir, comprendiendo que no podía presentarse ante su padre llevando en el alma tantos castigos: la deshonra y el crimen, Clara optó por dirigirse a casa de David. Tal vez este amigo de la infancia se compadeciera de ella.

Llamó al gran portalón. Antes, en el mismo coche se había cambiado de ropa poniéndose un traje decente.

David se sorprendió al verla a hora tan desusada y en tal estado de agitación.

— ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? — pre-

guntó, olvidando en aquel momento las ofensas que había recibido de ella.

—David — respondió, sollozante —, tuve un gran disgusto con mi padre. No tengo ningún derecho para pedirte un servicio, pero por favor, déjame reingiar aquí.

El la miró con gravedad de juez, con severidad implacable. Clara no pudo resistir aquella mirada triste pero inflexible de hombre superior y altivo.

Entraron al rústico comedor de la casa. Clara temblaba. Acercóse al fuego que calentaba el lugar.

—¡David, déjame pasar aquí la noche! ¡Le tengo miedo a mi padre!

Le avergonzaba confesar la verdad del crimen, prefiriendo inventar una desavenencia familiar. La mirada de él se hizo acusadora, implacable. La joven sintió que estos ojos le hacían daño.

—¡Oh, David, no me mires así! — gimió, aterrorizada.

El contestó airado:

—Yo no puedo servirte contra la voluntad de tu padre. ¡Vuelve a tu casa!

Se estremeció Clara con un frío mortal.

—¡Tú no me comprendes — gimió —, yo no puedo volver a casa, no puedo volver!



—¡Vuelve a tu casa!

Había tanta pena y dolor en aquella súplica que David se conmovió a pesar suyo. ¿Qué habría ocurrido? ¿Era posible que un simple conflicto de familia pusiese tanta desesperación en la faz ordinariamente tranquila de Clara?

Ante el estado de nerviosidad de la jo-

ven, no quiso ahondar más en el asunto, prefiriendo esperar al siguiente día para enterarse de todo.

—Voy a mostrarte donde puedes dormir, por esta noche — le dijo—. Y mañana hablaré con tu padre.

Frenética, dolorida, la joven le siguió en silencio hacia una de las habitaciones superiores.

—Aquí pasarás la noche y mañana ya veremos.

Cerró la puerta y David volvió a bajar al comedor. Se sentía apenado. Adivinaba algo terrible, de gravísimas consecuencias, pero que no lograba comprender. El estado de agitación de ella, indudablemente había de tener una causa grave.

Estuvo cerca de una hora junto al fuego, atormentado por mil pensamientos que se desvanecían para dejar paso a nuevas y extrañas formas confusas.

De pronto llamaron a la puerta. El perro, un hermoso ejemplar de lobo, comenzó a aullar y David experimentó un malestar intenso. ¿Quién sería a aquellas horas? Re-

lacionó la llamada con la estancia de Clara allí. ¡Qué noche tan triste!

Franqueó la puerta y se sorprendió al ver a dos hombres a quienes reconoció en el acto a la luz de la lámpara que llevaba él en sus manos. Eran el jefe de policía y un inspector del poblado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hay, señores? — preguntó con cierta emoción.

Los policías entraron en el comedor y ya en él la mirada interrogadora del jefe se posó en todos los rincones. Luego dijo:

—David, usted conoce a la hija de don Juan Sullivan, ¿verdad?

Sintió David que la voz se le escapaba de la garganta, tan turbado y emocionado se encontraba.

—Ya lo creo — dijo con apagado matiz —, su padre es un viejo amigo mío.

—Bueno, pues la estamos buscando como responsable de asesinato.

Llamearon los ojos de David, se pintó en ellos el más vivo horror.

—Pero...

—Ella y un conde francés se registraron

en el Hotel América como marido y mujer — siguió diciendo el jefe de policía.

Era tan terrible, tan grave todo aquello, que David se echó a reír con una risa nerviosa, brutal.

— ¡Eso es un error, jefe! ¡Un absurdo!

— Bueno; el conde fué asesinado — siguió diciendo el policía y ella estaba con él. Hemos seguido la pista de su automóvil hasta aquí y ahora registraremos esta casa.

Seguía riendo David a carcajadas. Pero en el fondo de su alma las carcajadas resonaban como lamentos. ¡Ya no dudaba! ¡Era verdad, era verdad! Por misteriosas circunstancias que ahora él no podía adivinar, Clara había dado muerte al conde francés. ¡Y ahora, ahora aquellos policías iban a encontrar a Clara!

En aquel supremo momento, sólo pensó en la libertad de la joven. Se dió cuenta de que amaba a Clara con todo su corazón y que si la detenían iba a perderla para siempre. Y quiso salvarla a costa de todo.

— Registraremos la casa — ordenó el jefe.

— Pueden hacerlo — contestó David, re-

cobrando su frialdad—, pero temo que no encuentren nada... ni en la bodega.

— Ya veremos.

Mientras los dos policías registraban las habitaciones de la planta baja, David se dirigió a la habitación que ocupaba Clara.

La muchacha, rendida por la emoción, estaba dormida en el lecho en el que se había echado vestida.

David la llamó y ella despertó sobresaltada.

Con una mirada grave y triste, le dijo:

El jefe de policía está abajo, Clara.

Ella pareció darse cuenta de la realidad y miró a David y le dijo:

— ¡Van a cogerme! David, ¿él te contó? ¿Tú sabes?

— ¡Todo!

— Pero yo no tuve la culpa, yo...

— No tengo ahora tiempo de escucharte... Coge tus cosas, escapa por la salida posterior y espérame en la cuadra.

— ¿Me ayudas?

— ¿Qué no haría por ti? — respondió él con amargura—. Lo dicho, Clara,

Salió precipitadamente, temeroso de que su ausencia extrañase a los policías. Estos habían registrado ya toda la parte baja y ante lo infructuoso de su investigación, exclamaron:

—Antes de marcharnos, echemos un vistazo arriba.

Se dirigieron a las habitaciones superiores, pero Clara ya no estaba allí. Acababa de ocultarse tras una ventana desde donde salió al jardín dirigiéndose hacia las caballerizas.

Los policías, extrañados de no encontrar rastro de la muchacha, se despidieron de David.

Este se dirigió rápidamente hacia la cuadra donde ya le aguardaba temblando la infortunada mujer.

El preparó en un instante tres caballos, uno para cada uno y otro de repuesto.

—Monta en seguida! — dijo.

Pero ella se opuso con gran dolor.

—¡Déjame marchar sola, David! Ya te has expuesto demasiado por mí... Yo sola

tuve la culpa y he de pagar las consecuencias de mi ligereza.

—¡Monta en el caballo y en marcha! — dijo él, con gravedad.



—¡Déjame marchar sola, David!

Y como siempre, en silencio, con el pensamiento puesto en ella, David lo arriesgaba todo por aquella extraña mujer.

Salieron precipitadamente y el rumor de las pisadas llegó hasta los policías que investigaban por las cercanías de la fuga.

Extrañados se dirigieron a la cuadra y vieron que no estaban los caballos.

—¡Los caballos han desaparecido! — dijo el jefe. — ¡Comprendo! Ese hombre ha protegido la fuga de Clara. ¡Debemos perseguirles!

Y en automóvil emprendieron la persecución por la carretera en busca de los sospechosos.

Los fugitivos iban sobre sus caballos a todo galope. Se daban cuenta de que les perseguían. Pero la mala suerte parecía rodearlos. El caballo que montaba Clara resbaló y la muchacha vino al suelo.

Comenzó a aquejarse amargamente:

—No puedo andar. ¡Me duele un tobillo! ¡Vete, David, déjame a mis fuerzas abandonada! ¡Todo es inútil!

—¡Debemos seguir, Clara! ¡No podemos permanecer aquí más tiempo sin exponernos a ser prendidos!

—¡No puedo... no puedo! — gemía la muchacha.

—Pon los brazos alrededor de mi cuello y podrás.

Y la levantó haciéndola subir a su propio caballo y de este modo continuó la marcha por caminos cada vez más pedregosos y empinados.

Llegaron a la cima de una montaña y se ocultaron en una gruta natural abierta en el corazón de unas rocas.

Ya en aquel refugio, David le curó el tobillo y la joven se sintió inundada de ternura hacia aquel generoso protector.

Ocultos en la gruta, la joven explicó a David la exacta verdad de lo sucedido.

—Defendi mi honra. Fui loca al aceptar ir con él. Ahora me doy cuenta de que no le amo.

Calló David, sin osar manifestar sus sentimientos. Pero su alma compadecía de veras a aquella mujercita desorientada.

Y pasaron las horas. Y durante aquella larga noche, Clara vino en la conclusión de que ella, en realidad, jamás había deseado

otra cosa que ser digna de David. El conde francés no podía inspirarle amor. Era una locura, una necedad el haber querido irse con él. En cambio, David...

Nació el sol del nuevo día... Una implacable resolución se apoderó del alma de Clara. David dormía cerca. Ella aprovecharía la oportunidad para entregarse a la policía.

Se levantó e iba ya a salir, cuando David, despertando bruscamente, la cogió por un brazo.

—Pero, ¿estás loca? La policía debe estar fuera. ¡Mira, mira!

Y vieron entre los matorrales a la pareja que había establecido allí mismo su puesto de vigilancia.

—¿No me importa! — contestó Clara —. ¡Yo sola voy a afrontarlo todo! ¡Me entregaré ahora mismo!

—¿No, Clara, no, no te lo permitiré!

Sus brazos temblaban y ella vio reflejado en los ojos de David un gran amor.

—¿No comprendes, Clara? ¡Yo te amo!

—Y yo a ti, David. ¿Me has perdonado?

—Todo, alma mía.

Permanecieron un instante abrazados, fundidos en un beso. Pero ella recobró pronto la serenidad.



—¿No comprendes, Clara? ¡Yo te amo!

—Voy a entregarme, David. Eso es lo que debo hacer. Al fin y al cabo, he matado para defender mi honra y no creo que pueda ocurrirme gran cosa... Mientras que si huyo nunca podré ser feliz... Afrontemos

de una vez el momento y que resolviera la justicia mi situación.

Y sin que él pudiese evitarlo, salió de la gruta y dando un grito atrajo la atención de los policías.

¡Pueden ustedes detenerme! — dijo—. ¡Me entrego!

Una inmensa desesperación se apoderó de David al ver presa a la mujer que él amaba. Y al propio tiempo una gran admiración hacia el temple formidable de su alma.



Unas horas después los policías llegaban con Clara y David al juzgado. David estaba desesperado, y ella tranquila con la serenidad de lo irrevocable.

Presentóse el señor juez acompañado de don Juan Sullivan, quien abrazó a su hija.

—Buena, va a comenzar el interrogatorio — dijo el juez con severidad—. Pero antes que vengan los que ahí esperan.

Abrióse la puerta y apareció el conde Andrés seguido de Libia Prior. Llevaba el pri-

mero la frente vendada y tenía una sonrisa melancólica en los labios.

El asombro más grande se pintó en los rostros de Clara y David.



—...va a comenzar el interrogatorio.

—Pero... ¿qué significa esto? — dijo Clara.

— ¡Oh! — dijo el conde, sonriente—. Usted, con la pala, me hirió solamente.

En efecto, la herida del conde era super-

ficial y enterado poco antes de que habían cogido presa a Clara creyéndola culpable de su supuesta muerte, se había apresurado a



...apareció el conde Andrés.

acudir al juzgado para desvanecer el equivoco. En el camino encontró a Libia que le había aguardado en el automóvil desde la noche anterior. Y Andrés, a falta de Clara, pensó que era agradable unirse con aquella mujer, y con su dinero sobre todo.

Aquel mismo día partirían para París. Sullivan estrechó la mano de David. ¡Oh, noble amigo!



...estrechó la mano de David.

Y Clara, libre de las influencias del conde, pudo saborear al fin las excelencias del verdadero amor y el matrimonio la unió en dulce lazo con David, que ya era señor de sus pensamientos.

F I N

PRÓXIMO NÚMERO

La emocionante novela

EL HEROE DE LA ESCUADRA

En breve, en las Selectas ediciones especiales de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL CAPITAN SORRELL

RETENGA USTED ESTE TÍTULO

Preste atención al cuadro de intérpretes

H. B. Warner — Alice Joyce — Nila Asther
Anna Q. Nilsson — Carmen Myers, etc.

Es una joya de «LOS ARTISTAS ASOCIADOS»

GRAN ÉXITO del tomo 12 de la

Biblioteca NUESTRO CORAZÓN
con la novela cubana

MARIA-LUISA

por Manuel Reinholt Sotomayor

CHANG es la mejor novela
de aventuras — —

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID

EB.